

Albert W. Halsall

Traducción de Marcela Pineda Camacho

### La interdisciplinaria de la retórica: *ethos*, *logos* y *pathos* de la retórica científica

Siempre resulta intimidante dirigir unas palabras a una audiencia integrada por nuestros pares, más aún cuando se trata de estudiantes y expertos en retórica. A medida que ponemos en práctica la *captatio benevolentiae*, y procedemos a formular las cinco partes del discurso: introducción, narración, confirmación, refutación y conclusión, esperamos que el auditorio empiece a pasar lista a los tópicos comunes, como la definición y la división del tema. Sin duda ustedes van a examinar de manera crítica las comparaciones y las relaciones contenidas en el tema, así como las que privan entre éste y sus refutaciones; asimismo, advertirán cuándo tales relaciones son del tipo causal o *post hoc ergo propter hoc*. Acaso mi apelación a las emociones del auditorio o a la autoridad de los testigos o garantes de mis argumentos tampoco escapen a su escrutinio crítico. Soy afortunado por el hecho de que tal público identificará asimismo los tropos y las figuras: aquí un zeugma ("De Quincey se retiró al láudano y a Lake District", por ejemplo); allá una paronomasia ("loquero",<sup>1</sup> para referirse a un psiquiatra); un giro irónico (como el presente *exordium*); una pregunta retórica ("¿Verdad que no pueden pensar que estoy equivocado?"); una hipérbole

<sup>1</sup> Apodo paródico. N. del trad.

("La retórica es la disciplina universitaria *más* interesante"), y así por el estilo en lo referente a crear los ornamentos discursivos. Tal vez ya sabrán también que, en términos etimológicos, "ornamento" —en su sentido retórico o estilístico— proviene del latín *ornamentum*: los "pertrechos" o armas de un soldado, hecho que hace que los tropos y las figuras parezcan instrumentos punzocortantes discursivos, y no plumas o condecoraciones, por ejemplo.

Por supuesto, cuando el lector practica dicha verificación está cumpliendo precisamente con su deber. Si tomamos como criterio la definición de *retórica* formulada por Aristóteles —y no conozco otra mejor—, entonces lo que nos estamos proponiendo estudiar en estas conferencias es la "[...] facultad de observar en un caso dado los medios disponibles de persuasión".<sup>2</sup> Podríamos agregar a esta definición una nota en el sentido de que la retórica constituye una *technè*, la cual propongo traducir a términos modernos como "mecanismo", parte de la epistemología del "saber cómo", en vez de la forma intransitiva de "saber". Como mecanismo, la retórica es tanto habilitadora como deshabilitadora; lo que equivale a afirmar que es potencialmente persuasiva y disuasiva. Además (por ser un meta-método), también ofrece medios de automantenimiento y autocorrección, puesto que define sus propios fenómenos, lo cual permite su deconstrucción potencial por parte de sus usuarios, en la medida en que preparan sus propios discursos para analizar los de otros.

Tal atención cuidadosa a las presuposiciones de la producción y recepción del discurso resulta indispensable si la retórica ha de evitar el reduccionismo hallado en el uso común que se ha hecho del vocablo en el siglo xx. En efecto, considero que, pe-

<sup>2</sup> Jonathan Barnes, comp. *The Complete Works of Aristotle*, vol. II, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1984, p. 2155.

se al renovado interés por la retórica que se observa en el plano internacional (incluido, particularmente, el mostrado por los Departamentos de Estudios de la Comunicación de las universidades de los Estados Unidos), hace 30 (incluso 20) años habría sido impensable dedicar un prestigioso seminario<sup>3</sup> de seis meses de duración –en México o en cualquier otro país de Occidente– al análisis de la disciplina. Esto se debe a que el paradigma epistemológico dominante de esos años prefería tanto *escudriñar* su propio discurso en busca de su significado (al cual consideraba no problemáticamente correcto, autoritario, de pensamiento de derecha y así por el estilo) como contemplar el discurso de sus adversarios como perverso y enredado; de hecho, como mera “retórica”.

En mi análisis del valor de la retórica como el paradigma interdisciplinario que sirve de método subyacente a *todas* las formas de discurso que utilizan el lenguaje ordinario o natural como su medio de comunicación, me gustaría señalar lo siguiente. El primer ejemplo que puede servir para documentar mi afirmación referente a la teoría sistemática del discurso en la que se apoya la retórica, hace referencia a algunos acontecimientos recientes en el estudio de la argumentación. No obstante, permítaseme comenzar con una historia o *exemplum*.

Durante la masacre del día de San Bartolomé en París, en 1572, una banda de asesinos irrumpió en el estudio del matemático, lógico y retórico francés Peter Ramus. Después de matarlo, arrojaron su cadáver al patio del College de Presles, donde lo decapitaron antes de arrojarlo al Sena. Al hacerlo, dejaron más de un enigma sin respuesta. El que me interesa por el momento sigue confundiendo a los estudiosos de la argumentación. Al identificar la lógica con la dialéctica, Ramus y sus seguidores –al insistir en que la invención y la disposición de los argumen-

<sup>3</sup> Esta conferencia formó parte de un seminario.

tos eran ajenas a la retórica ó habían reducido la disciplina a una taxonomía de tropos y figuras—, en consecuencia, habían echado por tierra las teorías clásicas y medievales de la argumentación y preparado el camino para la fundación de la estilística moderna.

Antes de Ramus, en Grecia, en Roma y en su imperio, pensadores profesionales, preceptores y abogados habían codificado una teoría de la persuasión. Nos referimos a Isócrates, Aristóteles, Cicerón, Quintiliano y otros. Para la Edad Media, hicieron lo propio lógicos, predicadores y estudiosos como Guillermo de Ockham, Agustín y Juan de Salisbury. La teoría explicaba la producción del discurso y su recepción en la política y en los tribunales, así como en el lenguaje ceremonial que iba a concentrarse en buena medida en el modelo del discurso en las artes y en las ciencias sociales de la época moderna. Tales hablantes y dicho auditorio, lectores y escritores (los roles ya habían sido codificados mucho antes de que Grice formulara sus reglas de la toma de turnos en la conversación), tenían una idea relativamente clara de los procedimientos del caso y de su índole. (Por ejemplo, comprendieron que la “verdad” se aplica a las proposiciones, y la “validez”, a los argumentos.) Conocían las ventajas derivadas de la argumentación escrupulosa, al igual que podían identificar los peligros que corrían las víctimas si dicha argumentación era utilizada de manera inescrupulosa. Puesto que la teoría que gobierna tales prácticas discursivas estaba sometida por reglas y era sistemática, el hablante y el oyente compartían un conjunto de presuposiciones referentes a cuáles argumentos, cuáles apelaciones a la autoridad o a las emociones podrían resultar convincentes en circunstancias específicas ante un auditorio específico.

La lógica subyacente en la teoría —definida por Aristóteles en los *Analíticos posteriores*, cuyas “Categorías” fueron explicadas por Porfirio en su *Isagoga* del siglo III— fue expresada en su conjunto de “tópicos”, o lugares comunes empleados por los

productores y comprendidos por los receptores del discurso. Aunque los 10 tópicos de Aristóteles se volvieron más tarde 17 en Cicerón, el sistema constituido por ellos se volvió el sustrato lógico sobre el cual los tropos y las figuras danzaban sin vencer o convertían de manera subliminal la atención del auditorio en energía emocional, sin pasar por el tamiz de la razón. Incluso en los tiempos modernos, este último procedimiento es evocado en el uso peyorativo que se hace del vocablo "retórica", como en las siguientes expresiones: "La retórica que rodea a la Guerra del Golfo", para citar un ejemplo.

Cuando Ramus y sus seguidores separaron la lógica de la retórica, también redujeron a una tropología taxonómica la teoría clásica de las cinco partes, que explicaba la generación de las prácticas discursivas. El antiguo sistema ofrecía los recursos para inventar los "lugares" (*tópicos*) y las figuras que los adornaban, organizarlos en argumentos (silogísticos, entimemáticos, soríticos, etcétera), así como para memorizarlos y escenificarlos en un contexto pragmático. El antiguo sistema aportaba los medios para generar argumentos lógicos o "cuasilógicos" (en términos de Perelman) al aplicar la probabilidad de las *doxai*, opiniones ya sostenidas por el público que constituía el objetivo, para formular los principios que conducían a la aceptación. También configuraba las apelaciones a la emoción del mismo público y aportaba los modelos para introducir la evidencia en el discurso, con el objeto de aumentar la autoridad que un hablante o escritor debía lograr si él, o ella, habían de persuadir. Estas categorías de argumentos representaban, respectivamente, las pruebas retóricas (*pisteis*) que Aristóteles agrupa en tres tipos, a saber: *logos*, *pathos* y *ethos*.

El conjunto de la teoría retórica y los innumerables manuales que detallaban la práctica retórica en función de lo que había resultado eficaz en situaciones específicas ante auditorios específicos, se extiende desde la Grecia clásica hasta la Europa



del siglo XVI y más allá. No obstante, después de aproximadamente 20 siglos, la retórica comenzó a perder su autoridad como agente de la persuasión en los tiempos de Ramus, y siguió esa tendencia hasta el siglo XX. La época de la Ilustración la rechazó en favor del "método" neoclásico, cartesiano o científico. Los románticos continuaron usándola en el siglo XIX mientras proclamaban lo contrario, y los estructuralistas franceses como Barthes, Todorov y Genette en los años sesenta la declararon moribunda, muerta o sumamente reducida en su alcance.

Empero, esos mismos estructuralistas, al referirse al declive de la retórica, colaboraron a reabrir el asunto de la eficacia, cuestión a la cual las prácticas de análisis de textos que se practicaron a finales del siglo XX (como la teoría de los actos de habla, la pragmática y la deconstrucción) han tratado de ofrecer respuestas. Más recientemente, obras acerca de la "retórica de la ciencia", de la economía, de la psicología social, y así por el estilo, han puesto en relieve el proceso de persuasión que se requiere para comunicar las conclusiones en las ciencias empíricas, ligadas a la estadística y abundantes en datos.<sup>4</sup> El problema radica aún en que, hasta hace relativamente poco tiempo, el sistema retórico de la producción del discurso y de la recepción había sido en gran medida olvidado, mal entendido o rechazado sin más trámite. En la confusión resultante, la ignorancia en ocasiones intentó aportar teorías "introductorias" del discurso sin aplicar el rigor del que hacían despliegue los más convincentes retóricos-lógicos de la Antigüedad. Ello produjo teorías que, pese a

<sup>4</sup> Véase, por ejemplo, Donald McCloskey. *The Rhetoric of Economics*, Madison University of Wisconsin Press, 1985; Michael Billig. *Arguing and Thinking: A Rhetorical Approach to Social Psychology*, 2ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1996; Lawrence J. Prelli. *A Rhetoric of Science: Inventing Scientific Discourse*, Columbia, S. C., University of South Carolina Press, 1989; Alan G. Gross. *The Rhetoric of Science*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1990. Para una bibliografía más completa de textos en inglés y francés sobre retórica moderna, véase *Texte: revue de critique et de théorie littéraire*, 8/9, 1989, "La Rhétorique du texte", Toronto, les Éditions Trintexte, 1989, pp. 405-452.

que iban a reinventar una rueda retórica, produjeron una rueda cuadrada.

Estoy consciente de que las afirmaciones que he hecho en relación con la retórica van en contra del paradigma posromántico reinante. Ofrezco, como la primera de las pruebas éticas de mi posición, la evidencia que se halla a continuación, derivada de un libro que apareció hace muy poco tiempo, *The Power of Address: Explorations in Rhetoric*, escrito por Dick Leith y George Myerson,<sup>5</sup> quienes obtienen su modelo para la producción de textos retóricos o persuasivos, de la lingüística moderna, disciplina que afirma ofrecer la nueva "ciencia" del lenguaje y, así, sustituir a la anticuada disciplina fundada por los antiguos rétores. Ahora bien, aunque las contribuciones hechas por la lingüística a la retórica han sido considerables (al definir y describir conceptos tales como "cohesión" y "coherencia" en el discurso, por ejemplo), no han resultado fundamentales o determinantes. Como Irwin Weiser explica en la *Encyclopedia of Rhetoric and Composition: Communication from Ancient Times to the Information Age*, la lingüística descriptiva—incluso la generativa—adolesce de graves limitaciones para el estudio o para el maestro de retórica o de redacción (o de las dos materias). Weiser sostiene en su texto que, puesto que la lingüística no es prescriptiva, no ofrece juicios acerca de la calidad del lenguaje; es decir, no aporta la base para juzgar uno o dos enunciados gramaticales y decidir que uno es mejor que otro, y añade que la retórica y la redacción tienen que ver no sólo con el lenguaje sino también con el uso del lenguaje en situaciones retóricas particulares, hay entonces muchas dimensiones extralingüísticas de la efectividad retórica, tales como lo apropiado del estilo, la conformidad con las convenciones retó-

<sup>5</sup> Londres y Nueva York, Routledge, 1989.

ricas de un tipo particular de discurso, y otras más, que la lingüística no puede abordar.<sup>6</sup>

Otro problema que se plantea en los intentos realizados por los lingüistas modernos para describir los fenómenos retóricos relacionados con la persuasión, consiste en que, a diferencia de los rétores, no parecen mostrarse suficientemente suspicaces respecto de sus propios intentos de persuasión. La *apodixis* (aserción presentada como argumento o prueba) y la *petitio principii* aparecen constantemente en los paralogismos que emplea la ciencia, como sucede —a decir verdad— en los discursos de muchas otras disciplinas. No obstante, el rétor se percata de que el acto primero de la persuasión ocurre cuando se persuade a sí mismo acerca de la validez de las proposiciones que constituyen su propia posición o perspectiva. Con la capacidad de identificar las figuras retóricas y los argumentos mediante los cuales busca persuadirse a sí mismo y convencer a los demás, el rétor informado debería —en condiciones ideales— poder analizar de manera desapasionada o, por lo menos, ubicarse en una posición que le permitiera identificar los elementos no persuasivos en el discurso que se dirige a sí mismo o a un auditorio específico. El indispensable autoanálisis y la necesaria autocrítica se pierden una vez que la función descriptiva primaria del discurso se olvida en favor de la llamada “descripción” objetiva. Uno se vuelve sencillamente la primera víctima o, más bien, el primer objeto de su propia retórica.

Éste es el principal problema que encuentro en *The Power of Address*, de Leith y Myerson. La negativa de los autores a explicar (o lo que es más importante, a definir) la lógica argumentativa que subyace en los fenómenos superficiales: metáforas, máximas, paradojas, apelaciones a la autoridad y otros, que em-

<sup>6</sup> Irwin Weiser, “Linguistics”, en *Encyclopedia of Rhetoric and Composition: Communication from Ancient Times to the Information Age*. Nueva York y Londres, Theresa Enos, 1996, p. 391.



plean en sus propios intentos de persuadir a nosotros los lectores a quienes se "dirigen", socava considerablemente el carácter plausible de su descripción de las prácticas discursivas. Los receptores (sobre todo los especialistas en retórica), conocedores del "antiguo" sistema, esperaban que el rétor se percatara de que estaban familiarizados con las "argucias del oficio (de la oratoria)". Como sucede en *The Power of Address*, por ejemplo, cuando la palabra "retórica" aparece en mayúsculas y constantemente se le personifica ("La Retórica procura comprender", p. 80), los lectores informados habrían detectado tales técnicas espurias que confieren autoridad y que despiertan la empatía como intentos de manipulación mediante el lenguaje. Cuando Leith y Myerson resbalan —como constantemente sucede en sus análisis—, sin previo aviso, en los terrenos del lenguaje figurado, cuando crean alegorías que sólo convencen a los lectores benévolos, desoyen las advertencias contra tal abuso de, por ejemplo, los tópicos de la definición y la división, herencia de los lógicos, desde Aristóteles hasta los isabelinos, Fraunce, Peacham, Puttenham, Wilson y —más recientemente— Perelman.

En mi opinión, resulta más convincente —por estar más informado— el señalamiento de Stanley Fish en *Doing What Comes Naturally*,<sup>7</sup> acerca de los casos en favor y en contra de la primacía que tiene el modelo retórico en la epistemología. Fish delinea las posiciones en favor y en contra de la retórica tomando como punto de partida la controversia entre Platón y Gorgias, y atribuye la mayor atención a lo que describe como el "ascenso" en "las fortunas del hombre retórico",<sup>8</sup> el cual ha tenido lugar en los 20 años que nos interesan. Pide prestada la expresión "hom-

<sup>7</sup> Stanley Fish. *Doing What Comes Naturally Change, Rhetoric and the Practice of Theory in Literary and Legal Studies*. Durham & Londres. Duke University Press, 1989.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 485.

bre retórico” de Richard Lanham, cuyas publicaciones –entre ellas el muy útil *Handlist of Rhetorical Terms*– son bien conocidas por todos los estudiosos de retórica estadounidenses. Más recientemente, Lanham ha caracterizado la controversia epistemológica como opuesta a los “hechos crudos” y su discursivización, mediante la presentación de dos personificaciones apropiadas, que él denomina “*Homo seriusus*” y “*Homo rhetoricus*”. El primero, o el hombre serio, apunta Lanham:

[...] tiene un yo central, una identidad irreductible. Estos yoes se combinan en una sociedad real única, homogénea, que constituye una realidad referente para quienes viven en ella. Dicha realidad referente está, a su vez, contenida en una naturaleza física en sí misma referencial, que se halla “ahí”, independiente del individuo. El hombre inventó el lenguaje para comunicarse con sus semejantes. Transmite hechos y conceptos acerca de la naturaleza y la sociedad. Asimismo, puede comunicar una tercera categoría de respuestas, de emociones. Cuando comunica hechos o conceptos, el éxito se mide por algo que denominamos *claridad*. Cuando está transmitiendo sentimientos, el éxito se mide por algo que llamamos *sinceridad, lealtad* al yo que ejerce el sentimiento.<sup>9</sup>

En oposición a lo anterior, el paradigma científicista, Lanham propone al *homo rhetoricus*, quien –afirma el autor– tiene:

[...] una abrumadora conciencia de sí mismo en lo referente al lenguaje... [su] atención podría fallar –en primero y último lugar, si no es que siempre– en la superficie verbal, en las palabras; no en las ideas. El hombre retórico es un actor; su público es espectador de la realidad teatral. Su sentido de identidad depende de la reafirmación de la repetida actuación histriónica

<sup>9</sup> Richard A. Lanham. *The Motives of Eloquence*. New Haven, Yale University Press, 1976, p. 1.

cotidiana. Así se centra en el tiempo y en el acontecimiento local concreto. El más bajo común denominador de su vida es una situación social [...] Casi desde el nacimiento, no se ha instalado en una sola estructura de valor, sino en varias. De este modo, no queda comprometido con una sola construcción del mundo; más que prevalecer en el juego del momento [...] acepta el paradigma presente y explora los recursos de éste. El hombre retórico está adiestrado no para descubrir la realidad, sino para manipularla. La realidad es lo que se acepta como tal: lo que es útil.<sup>10</sup>

Ahora bien, el punto que vale la pena subrayar aquí es el hincapié que hacen tanto Lanham como Fish en el tipo de modelo de doble valor que proponen y al que se adhieren, respectivamente. Por lo menos en la lectura que yo hago de él, no se trata de un modelo adversativo en el cual, por ejemplo, el *homo seriosus* sea presentado como "superior" o "inferior" al *homo rhetoricus*. Más bien, la dialéctica que hay entre ellos es la que –en su opinión– constituye la constante que caracteriza aquello que Fish denomina "nuestra condición epistemológica".

Sin embargo, Fish elige decir la última palabra en su análisis a Richard Rorty, a quien identifica como [...] un "campeón" del antiesencialismo que subyace en el pensamiento retórico [y cuyo] neopragmatismo hace causa común con [Thomas] Kuhn":<sup>11</sup>

Hay dos maneras de reflexionar acerca de diversos puntos [argumenta Rorty] La primera [...] considera que la verdad tiene una relación vertical entre las representaciones y lo que es representado. La segunda [...] concibe la verdad de manera horizontal, como la reinterpretación culminante de la reinterpretación de nuestros predecesores... Se trata de la diferencia entre considerar la verdad, el bien y la belleza como objetos eternos

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 3-4.

<sup>11</sup> Fish, *op. cit.*, p. 501.

que intentamos ubicar y revelar, o bien considerarlos como artefactos cuyo diseño fundamental a menudo tenemos que alterar.<sup>12</sup>

Pero si la retórica tan sólo reinterpreta lo conocido, una pregunta cómo puede ser epistemología primaria, pues la ciencia aporta el paradigma moderno dominante. Si hemos de "subvertir el paradigma dominante", como rezaban las calcomanías pegadas en las defensas de los automóviles en Berkeley, ¿cómo describimos la retórica de la ciencia? De hecho, para que el argumento de Rorty logre ser válido, necesita superar las objeciones que probablemente sean planteadas por la ideología opuesta, algunos de cuyos postulantes han insistido en la primacía de los "hechos crudos" sobre una discursivización que les da sentido.

Así pues, como otro ejemplo de la interdisciplinariedad de la retórica, me detendré brevemente en los recientes intentos de aplicar un modelo retórico al discurso de la ciencia. Laurence Prelli comienza su libro *A Rhetoric of Science* (1989) con la afirmación de que su interés "central" radica en estudiar las dimensiones retóricas que confluyen cuando se crea y evalúa la comunicación científica. Prelli explica sus motivos de la siguiente manera:

Los científicos y los académicos que se dedican a comentar la ciencia se percatan cada vez más de que las pruebas apodícticas (las basadas en principios generalmente aceptados) son pocas –incluso en el ámbito de la ciencia– y de que los conceptos relacionados con la lógica formal resultan insuficientes para describir las actividades que corresponden a "hacer ciencia" [...] Sostengo que cuando los científicos dirigen afirmaciones discursivamente a otros científicos, hacen un tipo especial de *retórica*. Me dedicaré a elaborar los rasgos básicos de las activi-

<sup>12</sup> R. Rorty. *Consequences of Pragmatism*. Minneapolis, 1982, p. 92.

dades discursivas en las que los científicos se enfrascan y, al concentrarme en cómo *inventan* el discurso científico, a ofrecer una teoría de la retórica que resulta peculiar de la actividad científica.<sup>13</sup>

Luego procede a aplicar, al subconjunto constituido por la argumentación científica, la definición de "retórica" formulada por Kenneth Burke, a saber: "[...] el empleo suasorio del lenguaje como un medio simbólico de producir actos y actitudes cooperadoras en los seres simbolizantes".<sup>14</sup> Puesto que la retórica plantea argumentos acerca de lo que es –sostiene dicho autor–, ello nos permite, denominar, conformar y definir la experiencia de acuerdo a maneras que la hagan significativa.

Después, en su libro, Prelli penetra en asuntos retóricos tales como el auditorio al que se dirigen los estudios científicos, los problemas que se derivan de la *stasis*, o los altos hechos en el proceso persuasivo –y su resolución–, así como los tópicos generales y los específicos de la argumentación científica. Al tratar de explicar los procedimientos de la evaluación científica, considera, por ejemplo, los tópicos de lo razonable científico en casos específicos productores de *stasis*, los altos en el desarrollo del argumento, o bloques, que despertaron controversia entre los científicos. Entre tales casos –que incluyen la parapsicología y la transferencia de memoria–, uno de los intereses particulares de los semióticos (me imagino) tiene que ver con la educación de Koko, la simia.

Como el lector tal vez recuerda, el libro de Francine Patterson (1981): *The Education of Koko*<sup>15</sup> despertó las críticas de

<sup>13</sup> Laurence J. Prelli. *A Rhetoric of Science. Inventing Scientific Discourse*. Columbia, S. Carolina, University of South Carolina Press, 1989, p. 1.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 13-14.

<sup>15</sup> Francine Patterson y Eugene Linden. *The Education of Koko*. Nueva York, Holt and Rinehart, 1981.



Thomas Sebeok, profesor de Antropología, Lingüística y Semántica de la Universidad de Indiana, afamado estudioso de la Semiótica y declarado crítico de la opinión de que todos los primates superiores distintos de nosotros pueden adquirir el lenguaje humano. Prelli muestra que Sebeok recopila un conjunto de *topoi* conocidos para los retóricos, en su intento de debilitar tanto el carácter plausible de los argumentos de Patterson como su autoridad como especialista. En primer lugar, Sebeok cuestiona el criterio científico de lo razonable por medio del *topos* de la congruencia externa. Al citar las opiniones de etólogos y lingüistas cuya opinión es reconocida —como Herbert Terrace, Max Muller y Noam Chomsky—, opiniones que se oponen a la afirmación de que los simios pueden generar o interpretar enunciados, Sebeok nos haría juzgar que los descubrimientos de Patterson se hallan fuera de las conclusiones de investigación establecidas en los campos “respetables” del estudio científico. Se trata de una forma de prueba lógica.

No obstante, Sebeok también puso en tela de juicio la autoridad profesional de Patterson o su *ethos*. Lo hizo al tratar de desautorizar su competencia afirmando que no había captado la posibilidad de que Koko sólo estuviera reaccionando a las claves que los encargados del experimento le daban inconscientemente. Esta circunstancia (el “fenómeno de Clever Hans”, así llamado por un caballo cuyas habilidades en la pista del circo se demostró que provenían de las claves inconscientes que le proporcionaba su entrenador), sostenida por Sebeok, bastaba para nulificar todos los resultados obtenidos por Patterson. Asimismo, desafió las habilidades retóricas que Patterson afirmaba que Koko tenía (la habilidad de decir mentiras y construir epigramas, por ejemplo), al poner en cuestionamiento la competencia de la gorila para ser sujeto de experimentación. Así pues, mediante el uso que Sebeok hizo de los *topoi* de la congruencia y la competencia, buscó destruir el carácter plausible de Patterson como científica practicante. Sin embargo, Sebeok

llega más lejos al invocar la prueba patética cuando afirma que su acercamiento emocional con la gorila "oscureció irremediabilmente la objetividad y el juicio científicos de la investigadora".<sup>16</sup> Al invocar de esta manera el *pathos*, al apelar a la emoción –durante mucho tiempo considerada por definición como antítesis de la fría "objetividad" científica–, Sebeok revela la retórica convencional de su discurso supuestamente científico. Si regresamos al esfuerzo que hace Sebeok por desvalorizar el *ethos* de Patterson, vemos que lo lleva a cabo mediante el argumento de que, debido a que la investigación de ésta no se hallaba adecuadamente fundamentada (la ruptura de su conexión con Stanford le había hecho perder la garantía ofrecida por una institución legitimadora), y, por tanto, Patterson no tenía sustento académico. Además, puesto que había publicado sus resultados en revistas de divulgación como *National Geographic*, Sebeok afirma que ella se había colocado fuera de la comunidad científica de sus pares en su empeño, agrega, por hacer dinero.

Prelli también documenta las respuestas de Patterson: al *topos* de la universalidad productora de congruencia externa, ella responde con el *topos* de la anomalía significativa. Al hacerlo, proclama la validez equivalente que tiene la proposición particular sobre una más generalizable. A aquella de la incompetencia experimental, ella opone los *topoi* de la relación individual y experimental. Así pues, al afirmar el *topos* de la particularidad, ella pone en cuestionamiento la importancia que los "criterios impersonales preestablecidos" pudieran tener en el estudio de los problemas que plantea la adquisición del lenguaje.

El punto sostenido por Prelli al señalar el contorno de esta disputa, explica él, no consiste en tomar el lado de Patterson ni el de Sebeok. Más bien se trata de ilustrar el funcionamiento de la retórica científica.

<sup>16</sup> Citado por Prelli, p. 136.

Como otros rétores, los científicos ponen en práctica la razón, la estrategia, el hábito; o las tres al mismo tiempo para llevar a cabo tres tipos mayores de elección retórica. Primero: deben escoger metas retóricas que al menos parezcan aumentar los valores últimos de su auditorio. Ello entraña perseguir el mantenimiento o la expansión de la comprensión que tiene una comunidad científica acerca del orden natural. Segundo: al igual que otros rétores, deben abordar las exigencias o ambigüedades que conciernen a sus auditorios específicos [...] Para que resulten "adecuadas", las respuestas retóricas específicas deben identificar y abordar uno o más de cuatro temas que surgen del área del problema: la conjetura, la definición, la cualidad y la translación. Tercero: los científicos –al igual que otras comunidades intelectuales– tienen maneras especiales de pensar y de hacer discursos con la razón cuando las deliberaciones tratan acerca de asuntos científicos. En parte guiados por la índole de sus materiales y por el carácter de sus afirmaciones –pero parcialmente guiados también por lo que ofrece la posibilidad de persuadir a sus auditorios específicos–, los comunicadores científicos hacen su elección a partir de ciertas líneas tópicas regulares de pensamiento, peculiares del análisis científico.<sup>17</sup>

Luego, Prelli enlista algunos de los principales *topoi* en la teoría de la invención retórica en la ciencia, teoría que propone con el propósito de combatir la opinión de que la lógica del discurso científico es puramente formal o apodéctica.

En el título del último libro que examinaré, el cambio de artículo indefinido a definido indica con claridad la diferencia entre éste y las afirmaciones fundamentalmente modestas de Prelli en el sentido de que, de hecho, hay "una" retórica de la ciencia. Alan Gross, en su libro de 1990, *The Rhetoric of Scien-*

<sup>17</sup> Prelli, *op. cit.*, pp. 258-259.

ce,<sup>18</sup> propone una definición más ambiciosa de las formas y las funciones del discurso científico, definición que (era de esperarse) ha recibido las críticas de quienes defienden una teoría de la ciencia que él describe como "robusto realismo metafísico". Gross establece su posición poco después:

La perspectiva retórica de la ciencia no niega "los hechos crudos de la naturaleza"; tan sólo afirma que estos "hechos" –sean los que fueren– no son ciencia en sí, conocimiento en sí. El conocimiento científico consiste en las respuestas actuales a tres preguntas, respuestas que son producto de la conversación profesional: ¿Qué variedad de "hechos crudos" vale la pena investigar? ¿Cómo habrá de investigarse dicha variedad? ¿Qué significan los resultados de estas investigaciones? Sean los que fueren, los "hechos crudos" en sí mismos no significan nada; únicamente los enunciados tienen significado, y a nosotros ha de persuadirnos la verdad de las afirmaciones. Tales procesos, mediante los cuales se eligen los problemas y se interpretan los resultados, son esencialmente retóricos: sólo por medio de la persuasión se establecen la importancia y el significado. Como retóricos, estudiamos el mundo con el significado que le atribuye la ciencia.<sup>19</sup>

Tenemos aquí una reelaboración de la primacía de la retórica como medio para dar sentido al mundo. Mediante sus técnicas productoras del discurso –que incluyen los tópicos generales mismos, la definición, la división, la causalidad, la analogía y demás–, la retórica hace posible la interpretación significativa de los datos crudos.

Gross llega mucho más lejos que Prelli al proponer también la *Retórica* de Aristóteles como la intérprete de la metodología

<sup>18</sup> Alan G. Gross. *The Rhetoric of Science*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1990, p. 194.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 4.

científica y, como suplemento, la obra de Perelman, *The New Rhetoric: A Treatise on Argumentation*. Al hacerlo, se vuelve más aristotélico que Aristóteles, quien (ustedes recordarán) establece en la *Retórica* una clara jerarquía del razonamiento. La deducción científica recurre a silogismos basados en premisas que son ciertas; la deducción retórica parte de premisas inciertas y es entimemática: se basa en que el auditorio aporte las premisas faltantes; y la inducción retórica (razonamiento a partir de ejemplos) no puede garantizar la certeza de sus generalizaciones, pues los ejemplos ilustran; no ponen a prueba. Gross rechaza la superioridad de la deducción científica al negar su total independencia de la contradicción. De manera similar, niega la certeza de los silogismos científicos ya que –según declara– “[...] toda cadena deductiva consiste en una cantidad finita de pasos, entre cada uno de los cuales puede intercalarse una cantidad infinita”.<sup>20</sup> Por tanto, su conclusión antiaristotélica consiste en que “[...] las lógicas de la ciencia y de la retórica difieren sólo en grado”.<sup>21</sup>

Posteriormente, Gross aplica la tradicional división aristotélica de las pruebas argumentativas, las que se derivan del discurso mismo, o *logos*; las apelaciones a la emoción, o *pathos*; y las declaraciones de autoridad, o *ethos*, a casos icónicos del discurso científico tales como la astronomía copernicana, las obras de Descartes y Newton sobre la óptica, *El origen de las especies*, de Darwin, y así por el estilo. No menos interesantes en lo retórico, son los análisis que hace Gross de las muestras documentales que aparecen en las reseñas modernas acerca de trabajos científicos y que son hechas por pares. Las enmiendas retóricas y estilísticas propuestas por los editores de las publicaciones periódicas científicas especializadas, demuestran presuposiciones acerca del auditorio al que se dirigen y de los

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>21</sup> *Ibid.*



*topoi* mediante los cuales serán persuadidos. Gross aplica también las teorías tradicionales de la *dispositio* (organización de los argumentos) a la presentación de evidencia experimental en los escritos científicos. El análisis retórico que hace del texto de Watson y Crick de 1953, "A Structure for Desoxyribose Nucleic Acid" (ADN), saca a la superficie algunas de las figuras (por ejemplo, litotes e ironía), las cuales ocasionaron más tarde los ataques provenientes de científicos cuando volvieron a aparecer en el relato autobiográfico que hizo Watson sobre el descubrimiento: *The Double Helix*. No obstante, tales ejemplos particulares no constituyen la función principal del libro de Gross. Más bien, aspira a echar por tierra la jerarquía argumentativa aristotélica ya mencionada, como lo establece claramente su conclusión.

Históricamente, en la hegemonía del conocimiento, la ciencia ha sido el amo; la dialéctica y la retórica, las sirvientes. Históricamente, en función del silogismo científico se han definido sus equivalentes dialéctica y retórica [...] Sin embargo, supongamos que alteramos el juicio de la tradición; supongamos que, en vez de ello, definimos "dialéctica" y "lógica" en función de la retórica. Desde esta perspectiva, la dialéctica y la lógica son retóricas diseñadas para propósitos especiales: la dialéctica, para generar los primeros principios de las ciencias especiales; la lógica, para obtener –de dichos principios– enunciados verdaderos acerca de la estructura causal del mundo. Cuando la lógica y la dialéctica son definidas de esta manera, la retórica no puede ser descartada por defectuosa. Por lo contrario, se vuelve el término más general que incluye la lógica y la dialéctica, ahora definidas como retóricas para propósitos especiales.<sup>22</sup>

La estrategia de Gross de redistribución no ha escapado a la censura y a la crítica adversa, como podrán ustedes imaginarse.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 206.

Aunque John Durant concede que “ciertamente, el discurso científico *es* retórico”,<sup>23</sup> sostiene que la estabilidad de buena parte del conocimiento científico se deriva del hecho de que es *verdadero*, así como la descripción retórica que hacen Watson y Crick de la molécula de ADN era convincente debido a que su poder predictivo y explicativo culminó en la “transparente utilidad científica de la doble hélice”.<sup>24</sup> A lo cual Mark Wetherall replicó con el señalamiento de que hay excepciones a la “posición centrada presente” de Durant.<sup>25</sup> Los descubrimientos de Harvey que hicieron redundante la fisiología de Galeno es el ejemplo que cita. El debate continúa mientras hablamos, y probablemente siga así en el futuro, pues ha perdurado desde una de sus primeras expresiones: la controversia Platón-Gorgias misma. O, para decirlo de otra manera, cada uno de los tres modelos propuestos recientemente para cumplir el papel desempeñado por el *organon* de análisis de texto o de discurso, ha producido su propia *aporia*. Así pues, haga usted su elección: la retorsión lógica, la semiosis infinita o la retoricidad deconstructiva.

<sup>23</sup> John Durant. “Is Science Only a Social Invention?”, *TLS*, 15 de marzo, 1991, p. 19.

<sup>24</sup> *Ibid.*

<sup>25</sup> Mark Wetherall. “Science and Rhetoric”, *TLS*, 29 de marzo, 1991, p. 13.